

Por el hilo se saca el ovillo

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua Española

Por la ventana pasan con rapidez las postales de las comarcas meridionales de España. Un molino blanco. Vides creciendo en el llano. Hiladas de olivos ensartadas a la tierra casi blanquecina. Un sol que no para de mirar. Se siente el afilar de las ruedas. El asiento no acaba de encajar. Voy en autobús camino del sur.

Atrás se oye una chica hablar. Nadie le contesta. La voz de la chica se lamenta. Eleva el tono de la voz. Dice, “no llores”. Vuelve a insistir en que no llorara. Se le quiebra la voz. Se lamenta. Grita, “no llores porque me haya ido”. Promete volver pronto. Se dirige a una mujer. La llama “tontilla”. Habla con voz entrecortada, con arrumacos. Gime, solloza, se escuchan palabras deliciosas, suaves, mojadas. La chica promete no hacerlo más, no abandonarla nunca más. En un momento dice que “papá no debe enterarse”. Estaba hablando por teléfono con su hermana.

El autobús sigue en compañía del aire y del ruido. De nuevo escucho la voz de la chica. Voz bastante entera, seca. Palabras entrecortadas a golpe de bocanadas de aire. Dice que está harta de Madrid, de la ciudad, de los amigos, de todo. Dice que tiene suficiente dinero. “No te preocupes de mí”, dice a alguien. Quiere hacer su vida. No está peleada con Mónica. Se pregunta si se lo ha dicho ella. No quiere darle su dirección. Intuyo distancia, enfado pero cierta culpabilidad. Debe ser el padre.

Hay unos momentos de silencio. Pero la voz atrás empieza a repicar. Habla con Mónica, su hermana. Le pregunta si ha dejado de llorar. Le reprocha desganadamente que se lo dijera al padre. Que la quiere. Que ella se cuida. Que tiene su trabajo.

Habla con un acompañante del autobús. Dice que está muy contenta, que está con una gente muy buena. Tienen reuniones. La voz del chico dice que es estudiante. Ha ido a Madrid para una entrevista. No sabe si lo admitirán en la empresa. Ha hecho empresariales y sus padres, de Cádiz, quieren que trabaje ya, si no que termine económicas. La chica, que se llama Luise, dejó de estudiar. Ahora tiene un trabajo en la ciudad de Granada. Por la tarde sube a casa. Es un trabajo tranquilo. Madrid la agobiaba mucho. Se viste y ve pasar a la gente. No tiene luz ni agua en casa, pero ella no lo necesita. Necesita muy pocas cosas. Muchas tardes tiene reuniones con su gente. Es algo muy divertido, muy sano. Todos van exponiendo sus ideas sobre la vida. Invita al chico, que se llama Paco, a las reuniones. Paco asiente pero no se lo asegura. Luise insiste. Para el mes de febrero tienen encuentros en Tarifa. Va llegando gente de todas partes de

Andalucía. Allí se habla, se está en reunión, se intercambian opiniones; ve uno lo que el otro hace y se asiente.

Suena un teléfono. Dice que llegará dentro de una hora. Que va por Jaén. No necesita que lo recoja un tal Paul. Ella cogerá el autobús. No es tarde para subir a su casa. Por lo menos tiene cinco euros.

Luise debe de haber cerrado el teléfono. Habla con Paco. Le dice que era su novio. Un chico parisino con el que se junta en Plaza Nueva. Que también es del rollo. Allí encartuchados sobre la pared de la Chancillería los dos y otros muchos se miran, charlan de sus cosas. Se dejan husmear por los perros.

Suena de nuevo el teléfono. Sí, mamá, murmura Luise. ¿Que Mónica sigue llorando? Yo no sé por qué os preocupáis tanto por mí. Yo aquí tengo un trabajo, tengo una casa, tengo un noviete parisino.... Ya lo sé que es negro, ya sé que nació en Gambia, pero su familia está en París. Mamá, el trabajo es muy cómodo, un poco aburrido. Hay que esperar mucho. La gente pasa y yo la sonrío. Después me subo a la casa. La casa está en cuesta. Sí, ya lo sé que es una cueva, pero no se pasa frío. Muy tranquila. Yo no necesito luz. A la diez ya estoy dormida. Que no te preocupes por mí. Que estoy bien. Hago lo que siempre soñé. Ay, el Sacromonte.

Silencio. Habla de nuevo con Paco. Mira que las madres son pesadas. No se da cuenta que yo estoy muy a gusto con mi gente. Paco pregunta cómo se aseá. Luise habla de las reuniones. Todos los que van son gente muy enrollada. Y hacen bolos. El próximo en Tarifa. Va a ir gente de Sevilla, algunos bajarán de Madrid. Es como una puesta en común de emociones.

La interrumpe un timbrado del teléfono. Es de nuevo Paul. Dice que no la espere, que andando tarda mucho en llegar a casa. Que tiene cinco euros y que se va en autobús. Que no le tiene miedo a la noche.

Paco le dice que vive en el camino Ronda, alquilado con una familia. Que se va a pensar lo de las reuniones. Luise le anima a ir a Plaza Nueva, a sentarse con los colegas. Seguro que le va a gustar. Es una vida distinta.

El autobús se ha detenido en las luces de la ciudad. Luise pasa delante de mí. Es de cuerpo delgado. Con vestidos de trapillo. Pelo suelto y bolsa en la mano. Se va al monte.